

DE LOS NOVELES

EL INDIANU

A la simpática señorita Magdalena Dori Canella, como prueba de sincera amistad.

Juan de Pepas desde la cubierta del enorme transatlántico, contemplaba entristecido y apesadumbrado, el muelle del cual dentro de breves momentos se alejaría el monstruoso surcador de mares; y pensaba que entre aquella multitud de pañuelos que otras tantas manos agitaban al aire, cual bandadas de palomas que emprendiesen el vuelo estarían también las de sus padres ¡sus pobres viejecitos que llorarían desconsolados su ausencia! ¡Con cuánta precisión de detalles recordaba ahora su vida, hasta aquel momento!

Y mentalmente se despedían de los prados, de las vacas que en ellos tantas veces lindara, del Castañeu aquel precioso bosque eternamente verde donde por la primavera cogía nidos de malvises y reitanos, de su vuelta a casa de las fiestas rendido de bailar al son del violín que tocaba Xenxo el de Castanera y cantando para espantar el miedo aquella canción tan popular, creación del famoso Garitu.

El campanu de la vaca de mio suegra; etc, etc.

Y por su mente desfilaron los acontecimientos de aquel día que por vez primera bajó a Arriendas con su padre a pedir el dinero para constearse el pasaje.

Iba a Cuba en busca de fortuna y huyendo del servicio militar.

Lo primero estaba seguro de conseguirlo, pues que ¿acaso Pino marchó lo mismo que él, con lo puesto y unas cuantas cartas de recomendación para hijos del pueblo allí establecidos? ¿Y como había vuelto? Con muchos miles de duros, automóvil, criados y el Chalet, que hizo en Cuadroveña que valía un capital. El le había muchos veces aconsejado lo que entonces hacía:

Mira chico aquí nunca serás nada y allá se ganan los pesos a montones. Se decidió y partió con el corazón lleno de esperanzas. El bien sabía que acausa de las quintas no podría volver en muchos años. Pero ¡bah! ¿Qué no compra el dinero?

Pasaron quince años. Y Juan de Pepa volvió, pero ¿cómo volvió? No; aquel no era el robusto Juan que hacía quince años se había ido a Cuba, rebosado de salud. Su madre a no ser por aquellos grandes ojos, iguales que los de su Juanín, juraría que aquel no era su hijo.

Moreno, casi negro, inclinado hacia adelante, esquelético. Aquello más se asemejaba a una visión de la muerte que a un buen mozo como hacía años.

Y para consolar el llanto de su madre, decía con voz que parecía un soplo: No llores madre, la vida es así; en ninguna parte se entrega la fortuna sin luchar y en mi lucha con ella he vencido, pero para toda la vida llevaré encima las señales del combate.

Manuel Pendás FERNANDEZ.

Cienfuegos, Enero 1926.

MI ESTANCIA EN EL EXTRANJERO

Les conocí en Cuba... Me fueron presentados en nuestra casa.

Jóvenes y ricos,—que ya es un aliciente para amar la vida; se les brindaba llena de atractivos porque se adoraban. Era una comunión de almas porque se completaban. La misma elevación de miras a todo fin noble. Iniciaba uno un pensamiento, asistiendo el otro con una sonrisa. Eran dos naturalezas escogidas. Eran dos artistas. El matrimonio americanos, Esmich, era feliz.

Habían venido expresamente para invitarnos



RENOVADOR "RENOL"

Para conservar sus muebles y toda clase de objetos barnizados constantemente nuevos, use el renovador RENOL.

Quita las manchas, da brillo, se seca enseguida y no mancha la ropa.

DISTRIBUIDORES:

MARTINEZ Y CIA. "CASA ZARRAGA"

Automóviles y Accesorios. Industria y San José.

— Pídase en ferreterías y garages —